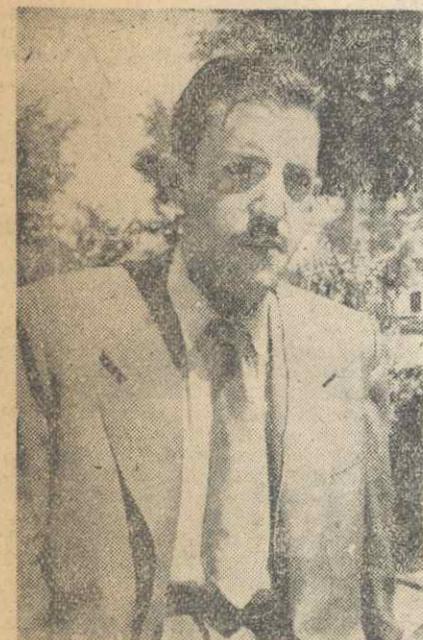


Manuel Ortega, pintor

«Los libros de arte--nos dice--no se pueden más que hojear en las librerías»

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



dose a los libros de arte, ante un escaparate próximo a nuestro café habitual:

—No se pueden más que hojear en las librerías. Han hecho un lujo para lucir en las bibliotecas pedantes de los que no los van a utilizar como materiales de trabajo. No hay razón para que se les ponga esos precios astronómicos, prohibitivos, no sólo para nosotros los jóvenes que estudiamos, sino también para los mayores que viven de la pintura.

Entramos en la librería y nos dedicamos secretamente a mirar los precios en las solapas. Libros de ediciones medianas sobrepasan las 150 pesetas y llegan escandalosamente hasta las 800. Nos damos cuenta que esto de comprar libros de arte supone el ahorro de un viaje a la India y nos salimos de un humor endiablado.

Se impone un cambio de tema, otro giro diferente a la conversación con nuestro amigo Ortega, para que se nos calmen los nervios.

La pintura moderna. Este es el tema. Recordamos una frase gloriosa del glorioso Benavente: «El mundo está ya viejo y chochea; el arte no se resigna

a envejecer y, por parecer niño, finge balbuceos.»

—Exacto. Estoy conforme. La juventud oye tocar un cencerro y va detrás. No saben si lo toca un asno o un buey; les es igual, exactamente. Aun no se han encontrado a sí mismos porque no han tenido tiempo, ni han hecho una cultura y se dedican a seguir la estridencia, la extravagancia: es lamentable.

—¿Y tú crees que esos jóvenes pintores viven de su pintura?

—En general, no. Hay unos que se pueden llamar, para entendernos, pintores sociales, que se adaptan al mal gusto de la gente de hoy; a eso que hacen no se puede llamar pintura. Luego hay otros que viven de sus clases particulares, y unos terceros que hacen su carrera con los premios, intrigando, siendo amigos de los Jurados y buscándose becas.

Le digo que me hable de los jóvenes.

—No quiero hablar de ninguno. En vez de estar al servicio del arte, entregados al sacrificio de la superación, veo por encima de todos el «yo». Esto no quiere decir que sus cuadros no me parezcan agradables, o amables, o simpáticos; pero nunca son una muestra de inquietud fuerte, que es lo que tienen que tener.

Hablamos del porvenir de la juventud artística en España.

—Yo, al menos, en lo que se refiere al porvenir del pintor, lo encuentro bastante oscuro.

Solana. Solana, a nuestro juicio, tan grande como morboso.

—Para mí es también el más grande pintor español, porque encuentro en él todos los valores plásticos de la pintura resueltos. No le voy a juzgar porque haya pintado un mundo que me guste más o menos, sino porque como pintor me encuentro satisfecho ante su obra.

Hay que saber qué es lo que opina el pintor joven del cliente que le encarga un retrato.

—En España existe mucho desprecio por el trabajo intelectual. Al artista no se le acaba de tomar en serio. Se toma su profesión como una broma insistente de pelmazo o de loco, por eso quizá inconscientemente se le explota.

—De no haber sido pintor, amigo Ortega, ¿qué hubieses preferido ser?

—Hay que pensar que yo no tendría el vicio de la pintura, ya de un principio. Entonces, siendo así, cualquier cosa; no me importaría. Escribiente, empleado del Metro, mozo de café, o cualquier otro empleo de éstos que es el equivalente económico al oficio de pintor.

Ahora Ortega prepara, con destino a la parroquia de San Rafael, la decoración de un nuevo batisterio. Son cuatro pechinas, en las cuales van los evangelistas. Tiene el boceto y todos los estudios, entre los que está, además, el bautismo de Cristo, que irá en una pared central.

Hace seis años Manuel Ortega terminó sus estudios oficiales en la Escuela de San Fernando, obteniendo el premio de Pintura Mural, que le fué otorgado por su maestro, don Daniel Vázquez Díaz.

Antes de despedirnos, todavía hablamos de la crítica de arte.

—No creo en ella, por lo menos como se hace en España. Son críticas de postura, tendenciosas siempre. Hay el crítico moderno, que juzga la pintura con arreglo a la última aplicación que le ha llegado de París, siempre a la manera de un maestro de París. El crítico ante un cuadro, antes de mirar si le emociona, va directamente a la disección, al concepto con que está pintado, y si le encuentra un parentesco con algún maestro contemporáneo, aunque sea alguna burda imitación, lo considera bueno.

Manuel Ortega entra en el Metro. Va lleno de preocupaciones, de proyectos y de esperanzas, entre las que están, muy principalmente, tener algún día 800 pesetas libres para comprarse un libro de arte.

16. IX. 1954

Traíamos hace pocos días a estas columnas, con la entrevista de un editor español, el problema importantísimo de la carestía de nuestros libros. Hablaba él de la conveniencia de lanzar ediciones de lujo, punto de vista bastante subjetivo, puesto que los modestos lectores suman posiblemente muchos más que aquellos otros caballeros que compran únicamente libros en piel, si bien, por otra parte, éstos no los adquieren más que de tarde en tarde, debido a los altos precios y a las escasas lecturas por falta de tiempo o por una afición que se satisface con dos páginas de lectura diarias.

Hacia falta saber la opinión de un joven pintor español que tiene que comprar libros de arte como material de trabajo y de estudio, como una necesidad más de su profesión, igual que tiene que tener en su estudio tubos de color, lienzos y pinceles.

Manuel Ortega, hombre sensato, pintor de buenos conceptos, joven, duro ante la vida dura, sordo excepcional, por su simpatía, haciendo gala de su sordera, porque aun encontrándose lejos se ve más cerca de los demás, más humanizado y más cordialmente tratado y estimado.

El hombre estudioso, lleno de inquietudes profesionales, nos dice, refirién-